

"EL MUNDO"

Debe llamarse **EL MUNDO** una Revista en la cual va a tratarse del mundo.

Y no es por los alcances de quien la escribe, porque estos son tan vulgares como los del común de los hombres; ni tampoco por la experiencia adquirida en el mundo, porque el escritor ha vivido como todo el mundo vive, aunque sí ha padecido como pocos.

Es por la facilidad de comunicaciones, de conexiones, de amistades entre todos los pueblos del mundo; por la de obtener y difundir notivias; por el deseo de que nuestra patria sea conocida en el resto del mundo, por lo menos, en América, y de que el resto del mundo, por lo menos, América, sea conocida en nuestra patria.

Los elementos de la civilización, que nos dan estas facilidades, son ya tan numerosos, que desentenderse de ellos da idea de que somos inferiores a los hombres. Ya tenemos ferrocarril, telégrafo, teléfono, puertos para todo navío, prricismo, el admirable cóndor industrial, sometido a los impulsos de nuestra alma. Estos elementos nos están diciendo a gritos,

que el atrasado debe igualar al adelantado, que el perezoso debe ser laborioso, que el ignorante debe llegar a ilustrado, que el cobarde debe volverse valiente, que el descuidado debe volverse empresario, que el débil debe hacerse fuerte, que el humillado debe levantarse a digno, que el avaro debe convertirse en generoso, que el embustero debe volverse veraz, que el informal debe llegar a serio, que el malo y aborrecible debe cambiarse en bueno y respetable.

Esta transformación viene de la voluntad; pero de la voluntad despertada con el buen ejemplo, el cual nos lo está suministrando el mundo.

Tenemos ya fundada esperanza de que desaparezca la guerra, el mas monstruoso enemigo del hombre. ¿Con qué objeto ha de haber instituido Dios estos innumerables cadalsos, si no todos los que van a ellos ~~no~~ son réprobos? Los estragos del último deguello europeo, en que perecieron veinte millones, están instando, urgiendo al entendimiento, al corazón de toda la humanidad, para que se desentienda de la guerra y arregle sus diferencias en la paz, propia de la naturaleza humana. La prueba más reciente es el Tratado propuesto por el Ministro Kellog, o mejor dicho, por la ilustre República del Norte. El Tratado es la felicidad más alta, y su consecución es de-

bida al más encumbrado de los pueblos. Empezamos otra vida, en un paraje más próximo a los cielos. Con la civilización, cada pueblo viene acomodándose; y con la comodidad de cada cual, va disminuyendo la discordia. Con la paz vendrá el contento, con el contento el amor mutuo, con el amor será fácil la propagación de cuanto es bueno. ¿Quién no ve que es más útil el trabajo, que morir destrozado en las batallas? La guerra no ha sido deseada sino por los malos, y los buenos se han visto obligados a aceptarla.

Próxima está la época en que, si todos los hombres laboramos como verdaderos hombres, se hagan efectivas las palabras del Hombre Dios: "Amaos los unos a los otros".

¡Quiera Dios que jamás se extravíe nuestro criterio, hasta presentar malos ejemplos, como dignos de imitarse! Lo que más requiere la virtud es el buen ejemplo y la perseverancia en imitarlo.

Hay diarios en nuestra patria que ya conocen este gran deber, y se esmeran en cumplirlo: al dinero lo tienen como medio, no como finalidad en su trabajo. En auxilios de ellos viene "El Mundo", con la esperanza de que también ellos prestarán auxilio a "El Mundo". Otros hay cuyo fin es la ganancia, y posponen la felicidad de la Patria. Combatiremos contra éstos como siempre.